

Lea Kampe

LA LEONA DE KENIA

Karen Blixen y
su pasión por África

Traducción de:
SUSANA DE ANDRÉS



MAEVA

Para Leah y Nüssi.

*En recuerdo de nuestras tardes de verano con el sol
brillando en el agua y nosotros nadando de lado a lado.*

«Tengo la sensación de que, en el futuro, dondequiera que me encuentre, pensaré si en Ngong está lloviendo.»

Fragmento de una carta de Karen Blixen
a su madre, Ingeborg Dinesen.

NGONG, 26 de febrero de 1919

1

Hargeisa, Somalilandia Británica 1955

ABDULLAHI ADEN ESTABA a punto de cerrar el cajón del escritorio, pero tomó de nuevo el libro azul cuyas cubiertas estaban tan gastadas por el uso que hasta brillaban y empezó a leer:

«Yo tenía una granja en África, al pie de las colinas de Ngong. El ecuador se extendía a unos cuarenta kilómetros al norte por las tierras altas, pero mi granja estaba a dos mil metros por encima del nivel del mar. Durante el día percibías perfectamente esa altitud y la cercanía del sol, pero por las tardes el ambiente era límpido y fresco, y las noches se volvían frías...»

Abdullahi cerró el volumen y después los ojos. No necesitaba nada más para despertar el recuerdo de aquella mañana, mucho tiempo atrás: la mañana en que su vida había empezado de nuevo, hacía más de treinta años. Su hermano Farah y él habían llegado a la granja por la noche, pero él estaba demasiado excitado para dormir. Cuando al cabo de unos pocos minutos amaneció como solo sucede cerca del ecuador, dejó el dormitorio y salió al exterior.

Nunca había visto una casa como la de la *memsahib*. Estaba construida con piedras grises y rodeada por un porche, y en la parte delantera se extendía una superficie amplia de césped. La hierba ya estaba verde, pues acababa de empezar la estación breve de lluvias habitual entre septiembre y noviembre. Una hilera de castaños del Cabo desfilaba a un lado y, cuando corrió hacia allí, una bandada de palomas levantó el vuelo. En un momento dado, oyó que Farah lo llamaba, pero estaba demasiado entusiasmado para

obedecer. Ahí se encontraban el bosque y las plantaciones de café de un verde oscuro de las que tanto le había hablado su hermano... y un rítmico tamborileo, un punto en la llanura que se acercaba a toda velocidad.

2

Ngong, comienzos de octubre 1922

TANNE SENTÍA DEBAJO de ella el robusto cuerpo del caballo. Los cascos flotaban sobre el suelo, mullido tras las lluvias recientes, y la hierba húmeda ondulaba como un mar plateado e infinito, iluminada por los rayos inclinados del sol de la mañana. Sabía que a sus espaldas estaban las colinas de Ngong, y delante, el bosque. Cerca del molino, parecía haber una persona.

El caballo de Tanne se dirigió a galope tendido hacia la granja sin reducir la velocidad. Cuando se aproximaron a la casa, el caballo pasó a un trote vigoroso sin que se lo ordenara. Tanne lo oyó resoplar, su propia respiración era rápida.

—Brrr...

Ante ella se abrió la puerta de la casa de piedra gris. Un hombre con caftán blanco y turbante rojo salió al porche. Tanne levantó el brazo derecho y lo saludó. ¡Por fin!

—¡Farah! —Subió de un salto los dos escalones que los separaban. Le hubiera gustado abrazarlo, pero eso no se adecuaba a las costumbres somalíes.

—¡Qué bien que ya estés de vuelta! —exclamó ella en suajili.

—*Memsahib*. —Farah, un hombre alto de estatura, entrelazó las manos a la espalda y esbozó una sonrisa. A pesar de que siempre tenía una expresión seria, Tanne reconoció en su mirada que se alegraba del reencuentro. Había estado varias semanas con su familia en la Somalilandia Británica para ir a recoger a uno de sus hermanos y llevarlo a la granja, y, en su ausencia, a Tanne le había

quedado claro una vez más que aquel hombre le resultaba imprescindible.

—Debes de haber llegado tarde. —Tanne apartó la vista de Farah y la dirigió al interior de la casa—. Pero has traído al chico, ¿no? ¿Está el hombrecito por aquí?

Farah parecía avergonzado, algo que pocas veces ocurría.

—Debe de haberse alejado hace unos minutos. Un momento... ¡Abdullahi! —gritó por encima del césped, pero nada se movió. Arrugó la frente y volvió a gritar, en esa ocasión más fuerte—: ¡Abdullahi!

Pero Abdullahi seguía sin dar señales de vida.

—Ya vendrá —dijo Tanne despreocupada. Entraron juntos a la casa. Farah estaba consternado, pero Tanne sonreía para sí. Suponía que al perfeccionista Farah le resultaba lamentable la falta del joven.

De repente oyeron unos pasos precipitados en el porche y un niño de diez años de rostro oscuro y mofletudo irrumpió en la habitación. Vestía un caftán beis lleno de manchas de hierba, tenía los pies y las piernas cubiertos de polvo rojizo e iba dejando sus huellas marcadas sobre el immaculado suelo de madera. Debía de haber corrido mucho, pues tenía la frente sudada y los ojos oscuros se le abrían como platos por la emoción. Cuando vio la figura seria de su hermano y al lado a la mujer con pantalones caquis y unas viejas botas marrones de piel, se quedó paralizado. Farah le habló con aspereza en somalí y, aunque Tanne no entendía el idioma, el pequeño le dio pena. El crío bajó la vista y luego se dirigió vacilante a ella.

—Buenos días, *memsahib*. Soy Abdullahi —susurró en suajili.

—Buenos días, Abdullahi. Bienvenido a la granja. —Le guiñó el ojo—. Levanta la cabeza. Tu hermano es igual de duro conmigo. —El pequeño la miró reconfortado. Farah movió crítico la cabeza. Despidió al chico con un breve gesto de la mano, que se marchó a la carrera.

—Se cambiará de ropa y se lavará —indicó Farah. Tanne abrió la boca para intervenir, pero él levantó la mano y siguió hablando—. Es un somalí y tiene que aprender a ser disciplinado. Dentro de pocos años será un hombre.

—Y, por lo visto, te propones ser un padre severo más que un hermano mayor indulgente. —Tanne arqueó las cejas sonriente y Farah bajó la cabeza, dándole la razón.

En ese momento se abrió la puertecilla del reloj de cuco y el pájaro de madera dio la hora. Repitió nueve veces su trino y luego se retiró.

—Oh, Dios mío, ¡si ya son las nueve! Casi me olvido de la consulta. —Tanne se llevó las manos a la frente y corrió al botiquín. Hacía años que había empezado a ofrecer atención médica a los nativos en el porche. En sus tierras vivían cientos de familias que pertenecían a la etnia kikuyu. Se habían instalado allí desde hacía muchas generaciones y la mayoría de ellos no sospechaba lo que suponía la llegada de los blancos. Desde hacía poco, el protectorado de Kenia se había convertido en una colonia británica en la que la población indígena no podía poseer ni comprar las tierras en las que vivían. Que las tierras donde vivían no les pertenecieran, sino que fueran propiedad de Tanne y Bror Blixen, era una idea que ella era incapaz de asimilar.

Tanne se precipitó hacia el exterior con la caja de medicamentos. Muchos kikuyus trabajaban en la plantación de café y, aunque miraban con escepticismo la medicina occidental, había corrido la voz de que por las mañanas se abría una consulta médica. Cada día llegaban al porche mujeres, hombres y niños con fiebres, resfriados, heridas abiertas o quemaduras para recibir tratamiento.

Cuando salió, ya la esperaban bajo la sombra de la cubierta del porche una anciana y una joven kikuyu con un bebé. Mientras que la joven bajó la vista, vergonzosa, la anciana le dirigió una amplia sonrisa y ella no pudo evitar admirar su serena alegría. La vida de las mujeres kikuyu era dura. Daban a luz a un número incontable de hijos y, mientras los hombres se ocupaban del ganado, ellas cavaban y araban inagotables sus pequeños campos de maíz, los *shambas*. Además cocinaban, lavaban y se ocupaban de acarrear la madera, que ataban en grandes haces que se sujetaban a la frente con el fin de tener las manos libres para otras tareas. A causa de ese duro trabajo físico solía ser difícil determinar su edad. Y, sin embargo, siempre encontraban una razón para reír.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarlas? —preguntó Tanne en suajili, aunque sabía que la mujer mayor solo dominaba el kikuyu,

el idioma de su grupo étnico. La anciana señaló al bebé, cuya madre seguía con la mirada baja.

—*Toto* —fue lo único que dijo antes de llevarse la mano a la frente.

—*Toto* —repitió en voz baja Tanne. Significaba «niño». Se acercó a la joven y colocó la mano en la frente del pequeño.

—Tiene fiebre —confirmó.

La madre del niño la miró un instante.

—¡*Farah!* —gritó Tanne. Se volvió hacia la puerta del porche y se asombró de que no fuera él, sino su hermano pequeño, Abdullahi, quien se presentara—. Está bien. Necesitamos una olla con agua templada, un paño suave y una toalla. Y té de menta. ¿Lo has entendido todo?

Abdullahi asintió, giró sobre sus talones y partió a toda prisa hacia el interior. Cuando volvió con el agua, Tanne sumergió el paño, lo estrujó bien y frotó al pequeño, que solo llevaba un taparrabos, de fuera hacia dentro y de abajo hacia arriba, mediante lentos movimientos circulares. El bebé parecía sentirse a gusto. Extendió los brazos e intentó agarrar la nariz de Tanne. Cuando ella la arrugó y puso una mueca divertida, el pequeño borboteó feliz. Abdullahi estaba al lado y los observaba. Tanne envolvió al niño con la toalla.

—Dame el té —pidió a Abdullahi, y luego se volvió a la mujer joven—. Tiene que hacer lo mismo. ¿Comprende el suajili?

La mujer asintió.

—Dos veces cada hora. Y que beba el té. No demasiado caliente y en pequeños sorbos. —Le tendió la botella—. Pero venga esta tarde. En caso de que la fiebre siga subiendo... —No terminó la frase. Era mejor no mencionar el hospital. Los kikuyus lo odiaban, y si ella quería que la madre volviera a traer al bebé aquel mismo día, era mejor no hablar de esa opción.

La joven se levantó, inclinó la cabeza y se marchó.

—*Ierie* —dijo la anciana, y dio unos golpecitos en el hombro a Tanne. Esta no entendió y ya estaba a punto de preguntar, cuando la mujer se dio media vuelta. Tanne se estremeció. En la espalda de la anciana saltaba a la vista una quemadura que debía de tener un par de días y que había empezado a supurar. Se imaginó lo que

debía de haber ocurrido. Las quemaduras eran frecuentes entre los kikuyus porque por las noches dormían directamente alrededor de la hoguera. De ahí que a menudo resbalaran ramas o leños encendidos sobre ellos y les provocaran llagas. Aunque las ancianas solo llevaban una especie de taparrabos y no había ninguna tela que hubiese rozado la herida, esta estaba sucia. Tanne la limpió con esmero. Tenía que doler, pero la mujer no contrajo el rostro, sino que sonrió con valentía. Cuando estuvo limpia, mojó un trapo con vinagre y se lo colocó encima. Sabía por experiencia que era astringente, desinfectaba y evitaba las infecciones. Era estupendo para acabar sobre todo con las quemaduras que supuraban.

Cuando Tanne hubo acabado y se hubo despedido de la anciana, se apartó de la frente un mechón castaño de su media melena. La expresión de su rostro delgado y de pómulos marcados era de suma concentración. Observaba los frascos medicinales. ¿Lo había hecho todo bien? ¿Habría podido hacer más? Esa era la cuestión que siempre se planteaba.

—¡Tanne! —La voz masculina la arrancó de súbito de sus pensamientos y levantó la vista de inmediato. Era su hermano, que subía a la casa desde el pequeño bungaló en donde vivía desde su llegada a la granja.

—¡Thomas! —Lo saludó ella con la mano—. Qué bien que estés aquí. Vamos a desayunar juntos.

3

POCOS DÍAS DESPUÉS, Tanne se encontraba al borde de la plantación de café y observaba las interminables hileras de cafetos de un color verde fuerte. Había llovido toda la noche y alrededor de las cinco cumbres de las colinas de Ngong, a tan solo unos kilómetros de distancia, se extendían unos blancos jirones de niebla. El cielo todavía estaba encapotado, pero la temperatura aumentaría. Una bandada de aves procedente de la planicie cruzó el cauce del río que separaba la reserva masái de las tierras de la granja y voló hacia el bosque.

Tanne se dio media vuelta al oír unos pasos a sus espaldas. Era Thomas.

—Y yo que pensaba que venía demasiado temprano... —Sonrió—. Buenos días, hermanita.

Tanne lo besó en la mejilla y lo agarró del brazo. Caminaron a lo largo de los cafetos, hundiendo las botas en la tierra reblandecida.

—Las cerezas de los cafetos ya están cogiendo color —dijo alegremente Tanne, que entró en un sendero que conducía a una explanada de hierba. Allí se detuvo.

—Yo había pensado que podría ser aquí. ¿Qué opinas? Parece el lugar ideal para un tostadero de café, ¿no crees?

Thomas miró a su alrededor y asintió.

—En el fondo, sí. Está lo bastante cerca de la plantación y hay mucho espacio libre.

—¿En el fondo?

Thomas hundió las punteras sucias de las botas en la tierra blanda.

—Va a costar dinero, Karen —concluyó—. Y ya sabes lo que nuestra madre, el tío Aage y los demás accionistas de la plantación piensan sobre los gastos adicionales. Tal como han ido las cosas en los últimos años, son bastante escépticos en cuanto a ese tema.

—¿Ese tema?

Tanne sintió que montaba en cólera, como siempre que se criticaba la falta de productividad de la granja. Además, no podía soportar que la llamara Karen siempre que las cosas se ponían difíciles. Desde que de pequeña había decidido que su nombre de pila sería Tanne, sus amigos y la familia siempre la llamaban así.

—«Ese tema» es toda mi vida —contestó indignada—. Esta granja soy yo. Esos cafetos los planté yo con Bror y nuestros trabajadores. Trajimos aquí con nuestras propias manos las cajas con los plántones y cavamos agujeros lo bastante profundos para que las raíces pudieran crecer hacia abajo tiesas como velas, porque si no...

—Ya lo sé —la interrumpió Thomas sin mirarla—. Pero Bror no llevó bien las cuentas, eso es todo. Malgastó una cantidad de dinero que ni siquiera era suyo, sino de los accionistas de nuestra familia. Empezó un montón de proyectos absurdos y llevó una mala, o mejor dicho inexistente, contabilidad.

—Por eso a estas alturas vivimos separados —aclaró Tanne. Odiaba que su familia se hubiese entrometido en su relación con su marido, Bror, y que llevaran años presionándola para que se divorciara. Ponían en un mismo saco las dificultades financieras de la granja y las de su matrimonio.

—Pero no puedes negarlo —insistió él, pasándose la mano por el cabello moreno y corto. Su rostro bronceado se enrojeció ligeramente y su mirada se tornó insegura. Amaba a su hermana mayor y odiaba tener que discutir sobre dinero en representación del resto de la familia.

—No niego en absoluto que Bror perjudicara la granja —contestó Tanne de repente en un tono conciliador—. Pero mamá, el tío Aage y tú le echáis todas las culpas a él, y eso es injusto. Ya sabes lo difícil que es cultivar café aquí. Nuestra granja está en un lugar demasiado alto, casi dos metros por encima del nivel del mar. Un poquito más abajo

hubiera sido ideal, pero eso todavía no lo sabíamos cuando la compramos. Además de todos los años en los que no llovió y la preocupación constante por si lloverá o no en otoño o en primavera. No te puedes ni imaginar lo enervante que llega a ser eso, cuánta dedicación...

—¡Claro que lo sé! —Thomas miró a su alrededor, buscando algo en el horizonte—. Y tal vez valdría la pena tener un tostadero propio, sobre todo ahora que Bror se ha ido y tú eres la única responsable de la granja.

—Ya verás, lo conseguiré. ¡Ahora todo será distinto! —exclamó aliviada Tanne, que añadió burlona—: Y por fin harás algo útil como ingeniero cualificado mientras estés aquí de visita. Pongo el proyecto en tus manos.

Thomas no pudo evitar echarse a reír. Le gustaba ver que su hermana volvía a estar contenta. Y quién sabe... A lo mejor sí conseguía volver a sacar a flote aquella granja inestable. Tanne era fuerte, tan fuerte como todas las mujeres de su familia, incluso aunque hasta ese momento ninguna de ellas se hubiera atrevido a alejarse tanto de su hogar, en Rungstedlund.

—Estupendo —dijo—. ¿Cuándo empiezo?

—En cuanto sepas qué materiales necesitas, me voy a Nairobi y lo gestiono todo.

—Bien. —Thomas le tendió la palma de la mano abierta—. Ingeniero Thomas Dinesen a su disposición, *madame*.

Tanne le dio una palmada.

4

EL VIEJO COCHE de Tanne avanzaba dando sacudidas por la Ngong Road rumbo a Nairobi, si bien, de hecho, casi no se podía aplicar la palabra *road*, pues la tierra roja de laterita no estaba pavimentada, y durante la estación de las lluvias a veces ocurría que permanecía intransitable varios días. Las ruedas de los automóviles y los neumáticos habían cavado en el barro profundos surcos en los que se acumulaba el agua, y Tanne respiraba aliviada cuando llegaba a un tramo algo más accesible.

Todavía era temprano, pero el calor matinal llenaba el aire de un mar de aromas y en el paisaje, a ambos lados de la carretera, relucían paulatinamente nuevos matices de verde, como era usual durante las lluvias o poco después de un aguacero. De vez en cuando, Tanne pasaba junto a chozas de barro redondas y cubiertas de hierba. De los orificios de las cubiertas ascendían finos hilos de humo, y en los maizales de alrededor se inclinaban las mujeres con sus azadas mientras los niños cuidaban de las cabras y las vacas. Cuando vieron pasar a Tanne, corrieron a la carretera y la saludaron.

—*Iambo, m'sabu!*

—¡Hola! —Tanne les devolvió el saludo y estuvo a punto de meterse en un profundo charco de agua. Giró con brusquedad el volante. El barro salpicó el cristal del parabrisas.

Por fin una oxidada señal anunció la llegada a la ciudad. Hacía apenas veinticinco años, Nairobi era un montón de chabolas, una especie de depósito de suministros mientras se prolongaron las

obras del ferrocarril de Uganda que unía Mombasa con el lago Victoria. Entretanto se había convertido en la capital del protectorado británico de África Oriental o, tal como se llamaba desde hacía un par de años, de la Colonia Kenia. Era una ciudad en la que se comerciaba con todo. El ganado, tierras, café, fruta, tabaco y chozas cambiaban sin descanso de propietario por unos chelines y libras británicos.

En ese momento aparecieron los primeros suburbios de Nairobi con sus cabañas de madera y chapa ondulada. Muchas de ellas parecían aguantar tan solo por su buena voluntad. Audaces, hacían frente al viento incesante de la planicie de Athi, que arrastraba el fino polvo rojo haciéndolo pasar a través de cualquier ranura.

Tanne avanzó con lentitud hasta llegar a una carretera más ancha que conducía al centro urbano. Allí había aceras de madera en las que los eucaliptos proyectaban su sombra. En ellas se apretujaba una colorida mezcla de personas: nativos kikuyus, somalíes, colonos europeos y un buen número de indios que los ingleses habían llevado allí desde su colonia india para construir el ferrocarril. Unos pequeños comercios de artículos variados, los llamados *dhukas*, se alineaban entre talleres y oficinas. Una y otra vez iban surgiendo bonitas casas de piedra con jardines delanteros junto a las cabañas con cubierta de chapa.

Tanne aparcó delante de la Government House británica y se dirigió al viejo bazar. El barrio era pobre y en él habitaban sobre todo indios. En un escaparate, Tanne vio un sombrero verde de alas anchas con una bonita pluma. Se detuvo. Conjuntaba a la perfección con un vestido que se había comprado hacía un par de años en París y que solía llevar en fiestas o en las carreras de caballos en Nairobi, pero movió la cabeza y siguió caminando. Un sombrero era lo último que debía comprar ese día con el dinero que guardaba.

Cuanto más se acercaba al animado bazar, más intensa era la mezcla de olores que la inundaba. Compró anacardos y una piña fresca. Las frutas maceradas eran más baratas, pero quería darle una alegría a su hermano. Al final entró en su comercio habitual y le tendió al empleado la lista de materiales que Thomas había elaborado.

—Disponemos de todo, *madam*. Como siempre —dijo el hombre con un marcado acento mientras hacía una pequeña reverencia.

Con sus delgados dedos teñidos de tabaco, garabateó las cifras en una hoja de papel tan deprisa que casi no podía seguir los trazos y subrayó la suma final. Tanne contuvo un suspiro y asintió.

—No os estáis privando de nada. Ahora de repente es como si el dinero no importara —oyó una voz muy familiar a su espalda. Tenía el tono alegremente sarcástico tan propio de Bror.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Has venido a hurtadillas? —Tanne estaba enfadada por no haberse dado cuenta antes de su presencia.

—No me ha hecho falta. Estabas muy enfrascada en tu nuevo proyecto. Que yo ya no pueda vivir en la granja parece haber renovado tus fuerzas. —De nuevo ese tonillo sarcástico. Notaba que las mejillas se le iban encendiendo. Asintió al empleado indio—. Me envía la factura con los materiales, ¿de acuerdo? —El hombre afirmó sonriente e insinuó de nuevo una inclinación. Tanne salió de la tienda y Bror la siguió. En la acera se volvió hacia él.

—¿Qué te pasa? —siseó con una rabia que a duras penas lograba contener—. Eres el último que tiene derecho a quejarse. Sabes bien cuánto he luchado por nuestro matrimonio. Siempre he creído en ti y te he defendido ante mi familia. Y eso que todos en Nairobi hablaban de tus líos de faldas y yo ya no sabía dónde comprar sin tener que saldar tus deudas. Si mi familia ya se ha hartado, y yo también, es solo culpa tuya.

—Nuestra granja también me pertenece. No teníais ningún derecho a ponerme de patitas en la calle y prohibirme la entrada. —La cara redonda y jovial de Bror se endureció de repente. No obstante, su voz sonaba más sosegada cuando añadió—: Nunca fui la elección correcta para tu familia y, si eres sincera, solo te casaste conmigo porque mi hermano gemelo no te quería. —Una sonrisa apareció en su rostro y Tanne no supo cómo interpretar su mirada. ¿Expresaba maldad? ¿Vulnerabilidad? ¿O ambos sentimientos a la vez? No obstante, encontró que la acusación era injusta.

—Yo te quise, Bror, y tú lo sabes. Esa granja era nuestra aventura común. Yo te hubiera seguido hasta el fin del mundo.

Él se encogió de hombros.

—Yo también te quise y pensaba que lo sabías. Pero qué más da. Por cierto, está bien que te haya encontrado. A lo mejor te han llegado rumores de que estoy comprometido con Cockie Birkbeck.

Quería decírtelo en persona, porque es posible que se convierta en algo serio.

—¿Algo serio? ¿Significa eso que quieres el divorcio? —Tanne se reprendió por el tono estridente de su voz, pero Bror no pareció darse cuenta.

Sonrió nostálgico y su rostro adquirió esa expresión llena de humor y bondad que a ella tanto le había gustado. Bror acarició un momento las mejillas de ella con la punta de los dedos.

—Lo que ha sucedido ya no se puede deshacer —afirmó—. Hemos de mirar hacia delante.

Tanne asintió inquieta. No sabía por qué le repugnaba tanto la perspectiva de un divorcio formal.

—Hasta pronto, Tanne. —Bror se dio media vuelta y entró de nuevo en la tienda.

También ella se puso en marcha. Se secó con el dorso de la mano las lágrimas que asomaban a sus ojos. Nairobi era un pueblo y ella no tenía ganas de volver a convertirse en tema de conversación por culpa de su marido. Para pensar en otra cosa, se dirigió a un comercio al final de la calle en el que también se vendían libros, un artículo que, por mucho que a ella le doliese, escaseaba en Nairobi. Para su tranquilidad, el anciano que estaba detrás del mostrador se encontraba atendiendo a otros clientes. Ella pasó junto a estanterías con parafina, carne enlatada, cocinas de gas y cerillas. En la pared del fondo, justo al lado de los chalecos sin mangas de safari y de los pantalones cortos color caqui, había un estante con unos libros baratos debido a su encuadernación. Tanne cogió uno. Era la edición de una novela de Victor Hugo, impresa en papel finísimo. Leyó dispersa las primeras líneas, porque no se le iba de la cabeza el encuentro con Bror.

Hacía casi una década que habían llegado a Kenia cargados de sueños. Un mundo desconocido lleno de colores intensos y de sonidos confusos, gente y costumbres extrañas. Juntos se habían volcado en el trabajo de la granja, habían sido los años más intensos de su vida. ¿Cómo era posible que ese sueño se hubiese desvanecido tan deprisa? Se había evaporado bajo el ardiente sol de Kenia como el rocío que de madrugada todavía cubría el césped de su jardín.

—*Our sweetest songs are those that tell of saddest thought* —dijo alguien a sus espaldas.

Tanne se sobresaltó, pero un instante después se le escapó una sonrisa que acto seguido desapareció, empujada por otro pensamiento. «¿Qué aspecto tengo? ¿Se me nota que he llorado?»

Se esforzó por aparentar tranquilidad cuando se volvió hacia la sonora voz masculina.

—Sospecho —anunció— que en todo Nairobi, quizá en toda Kenia, no hay más que una persona que salude con una cita de Percy Bysshe Shelley. Buenos días, Denys.

En el rostro quemado por el sol del hombre apareció una amplia sonrisa.

—La poesía acude en ayuda de aquellos que carecen de palabras propias.

Tanne se echó a reír. Como ella, Denys Finch Hatton tenía alrededor de unos treinta y cinco años, pero, mientras ella era de origen burgués, él procedía de una familia de aristócratas ingleses y había estudiado en Eton. No era que le faltasen palabras. Sin embargo, no era un charlatán, todo lo contrario. Su inteligencia confería a su lenguaje el encanto sobrio y el ingenio por los que era conocido en toda la colonia.

—Aun así, he dado en el blanco, ¿verdad? —preguntó sin hacer caso de la risa de Tanne—. Estabas pensando en algo triste. ¿Estás bien?

De forma instintiva, Tanne eludió sus ojos azules, cuya mirada cada vez parecía penetrar más en su interior de una forma inquietante. Volvió a colocar con prisa el libro en la estantería. Lo último que haría sería hablar con Denys sobre Bror, y tampoco podía imaginarse que ese tema le interesara mucho a él. Lo conocía desde hacía un par de años, lo bastante bien para saber que en la vida de Denys Finch Hatton no había espacio para los dramas personales. Ni los de los demás ni los suyos propios. Tanne no conocía a ninguna persona que se tomase tan poco en serio y que al mismo tiempo estuviese tan en paz consigo misma. Denys vivía el presente, ajeno a ambiciones personales y sin preocuparse por lo que opinarían los demás de él. Casi todos los veranos pasaba varios meses en Inglaterra en casa de su familia; el resto del año su hogar estaba en África. Unas veces aquí, otras allá, ya fuese viajando o para

controlar si todo iba bien en los numerosos proyectos, de envergadura variable, en los que estaba involucrado profesionalmente.

—¿Cómo está tu familia en Dinamarca? —preguntó él para romper el silencio.

Una sombra volvió a surgir en el rostro de Tanne.

—Mi hermana Ea murió en verano —respondió.

—Lo siento.

—Pero mi madre y mi hermana Elle están bien. Y mi hermano Thomas sigue aquí. Espero que se quede un poco más... ¿Y tú qué tal? No sabía que habías vuelto de Inglaterra. ¿Cómo se encuentra tu familia? —preguntó para evitar hablar de sí misma.

Denys sonrió.

—Todos resisten de maravilla con un té fuerte y al menos un chaparrón al día. Pero yo añoraba el calor. —La sonrisa desapareció de su rostro y solo permaneció en sus ojos, dedicada a ella—. El calor... y a mis amigos.

A Tanne se le aceleró un poco el corazón. Desde que había conocido a Denys, no había habido encuentro en que no sintiera ese cosquilleo especial en su interior.

—Por supuesto, con esos preciados amigos se refiere a mí. —De detrás de una estantería salió un hombre, en cuyo cabello corto y rojizo se dibujaba una raya perfecta. Llevaba el bigotillo recortado con pulcritud y, como era habitual, se mantenía muy erguido. Le tendió a Tanne la delgada mano—. Qué alegría. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos —dijo. Y, antes de que ella reaccionara, ya le había besado la mano.

Tanne rio. Denys y Berkeley eran lo que se llama amigos íntimos. Con su amor a la música, la literatura y las exquisiteces de la vida, se salían de lo común en Colonia Kenia. Tanne sabía que Berkeley Cole sufría una grave insuficiencia cardíaca, pero pensó que tenía buen aspecto.

—¡Berkeley! —exclamó—. Me alegro de volver a verte. —Era cierto, aunque una vocecilla en su interior se lamentaba de no estar más tiempo a solas con Denys.

—Estábamos a punto de ir a comer al Muthaiga Club —explicó Berkeley—. Pero entonces Denys te ha visto entrar en esta tienda y ha salido corriendo detrás de ti.

Ella miró sorprendida a Denys. Estaba apoyado con el hombro contra la estantería, los brazos cruzados sobre el pecho y no dejaba de mirarla.

—Se hace lo que se puede —dijo, sonriendo al oír las palabras de Berkeley.

—¿Por qué no vienes con nosotros? —oyó que le preguntaba.

—Yo... —Tanne vacilaba. A saber cuándo se repetiría una oportunidad así; pero Thomas y ella habían quedado en la granja—. Por desgracia, hoy no puede ser. ¿En otra ocasión, a lo mejor? —dijo sin pensar.

—Vuelvo a estar instalado en el bungalow de siempre en el Muthaiga Club. —Denys se separó de la estantería—. Pásate algún día por allí. —La saludó inclinando la cabeza mientras se giraba hacia Berkeley, pero entonces volvió a detenerse—. Pero no esperes demasiado tiempo. He invertido en un par de *dhukas* y ya va siendo hora de que vaya a echar un vistazo. Las tiendas están dispersas por todas partes y es posible que tarde dos meses en volver.

«TÍPICO DE DENYS —pensó Tanne cuando poco después se dirigía hacia su coche—. Nunca está mucho tiempo en el mismo lugar. Un par de meses en Inglaterra y luego de vuelta aquí. Un par de semanas en Nairobi..., dos o tres meses en otro lugar para supervisar sus negocios o de viaje en safari, libre como un pájaro.»

Abrió la portezuela del coche, que chirrió de forma considerable, y colocó la bolsa con las compras en el asiento del acompañante. Luego introdujo la llave en el contacto, pero no la giró. Su mirada atravesó el cristal del parabrisas hacia la lejanía. Qué extraño. Los calambres en el vientre y las ganas de llorar que había sentido tras el encuentro con Bror habían dado paso a una inexplicable ligereza, y la sensación de haber fracasado había desaparecido sin dejar huella.

«A lo mejor Bror tiene razón», pensó. A lo mejor había llegado el momento de pasar página. De abrirse a lo nuevo.

Giró la llave y el motor arrancó con dificultad.